



## La cultura de Cantabria desayuna a ciegas

Póngase un antifaz y verá cómo todo lo que haga después le parece extremadamente complejo. Ese fundido en negro que afilará el resto de sus sentidos es el día a día de los 930 cántabros con discapacidad visual que forman parte de la ONCE. La fundación para la Organización Nacional de Ciegos invitó este jueves a «desayunar a ciegas» a más de una veintena de representantes del mundo de la cultura y del arte en la región con un doble objetivo: agudizar su empatía y concienciar sobre la importancia de generar una cultura «más inclusiva». Por cuarto año consecutivo -en otras ocasiones han asistido alcaldes, periodistas y asociaciones de perros guía-, el hotel Las Carolinas de la Asociación de Hostelería de Cantabria ha sido el lugar elegido para congregarse a los participantes en este almuerzo a oscuras. Una iniciativa que insta a mirar un poco más allá de la punta de nuestros pies, a pesar de que no podamos ver absolutamente nada. O precisamente por eso. Una práctica en la que ha participado una nutrida representación de la cultura de Cantabria, en el sentido más extenso de la palabra. Desde directores de museos hasta rectores de universidades, pasando por directores de cine, escritores y artistas. Todos se han quedado sin visión por un rato y han tenido que aprender a desayunar con otras herramientas y sin luz. Apoyándose en conceptos en los que seguramente hasta ahora no reparaban, «como la referencia», decía Javier Martín, técnico de rehabilitación de la ONCE, que ha ofrecido algunas pistas a los neófitos discapacitados visuales sobre cómo arreglárselas en el desayuno. «Flexionamos los dedos sobre la superficie de la mesa y vamos localizando elementos». «¡Uy qué angustia!», lanzaba Fátima Sánchez, directora ejecutiva del Centro Botín. «Yo llevo bolso, tú lo tienes más fácil», le decía a Ángel Pelayo, rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP), que prefería estar quieto. «Es curioso porque si no ves, hablas menos», señalaba Fátima. Y escuchas más. Ya una vez en la mesa, escenas cómicas llenas de anormalidad, que es la cotidianidad de las personas ciegas. «Nosotros lo hacemos así todos los días», recordaba Sergio Olavarría, presidente del Consejo Territorial de la ONCE en Cantabria. «A las personas ciegas nos han dicho muchas veces que, para nosotros, una escultura, un cuadro o incluso una historia son invisibles, pero yo estoy seguro de que el arte se puede sentir y que la cultura no solo se mira», reflexionó. «¿Sabían que para una persona que no ve es casi imposible ir sola a un museo?», preguntó Juanma Ramajo, que se definió a sí mismo como actor, cómico amateur y ciego profesional. «Sobre todo porque te vas encontrando con el archienemigo del ciego, que es el cristal». El cristal de una vitrina que te impide palpar lo que tienes delante. Este jueves intentaba alcanzar su taza situada sobre la mesa Javier Cifrián, fundador de la Escuela de Cine y Televisión de Cantabria. «Estos 15 segundos caminando hasta el comedor se me han hecho un mundo». «Primero me han tenido que indicar dónde estaba la silla y luego he metido los dedos dentro de una taza, me temo que tendré que hincar la uña en la bollería para saber de qué se trata». Aprendices temerosos. «Estoy moviendo las manos con mucha cautela y me aturden tantos sonidos y personas hablando», reconocía Pilar Fatás, directora del Museo de Altamira. Y es que hubo quien lo sufrió más y quien lo sufrió menos. Entre los segundos, Marta Sainz de la Maza, que dirige el Museo de la Naturaleza de Cantabria en Carrejo (Cabezón de la Sal). «Me gusta la tranquilidad que se siente en la oscuridad y pienso que más nos vale hacer un mundo inclusivo, empezando por los museos». Y una «sensación de vacío» a la vez que una «completa liberación», sentía Olga Agüero, decana del Colegio de Periodistas. ¿Por qué? Muy sencillo: «Porque no tengo ni idea del aspecto físico de la persona que tengo delante y me quito todos esos prejuicios». Otra manera de mirar más hacia uno mismo. Ha sido un evento emotivo, de risas y de lágrimas. Las de la artista Vanesa Vila, que se emocionó al recordar cómo decidió empezar a crear esculturas



inclusivas. «Tenía varias obras en la Biblioteca Central y mi tío, invidente, nunca pudo tocarlas porque estaban encerradas en vitrinas». Fue su punto de inflexión. «Me gustaría que adaptaran las exposiciones artísticas para que la gente con discapacidad visual también lo pueda disfrutar». «Quitaos el antifaz», demandó al final Leticia Mena, periodista de El Diario Montañés encargada de dirigir el asunto. Y, a continuación, a todos les cegó una luz que jurarían no haber visto antes.